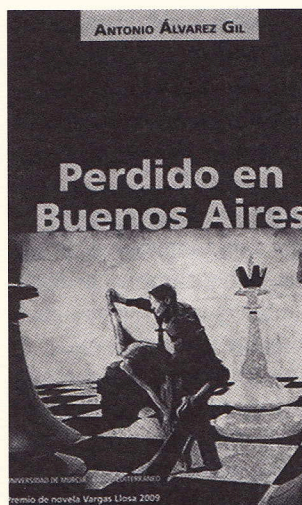


ensayo en las que caen tantas novelas sobre esta edad. Las primeras salidas con chicas, o a ligar, cargadas de promesa y luego vacías de realidad, son contadas sin juzgarlas, sin apiadarse del estúpido o imberbe chaval de entonces sino como las vivía, con las dudas, las incertidumbres, la inseguridad del momento. Las sesiones de cine durante las largas vacaciones de Navidad, excusas también para salir o para intentar ligar con esa chica que atrae pero a la que no se sabe cómo dirigirse (y la visión y revisión de *Grease*, película tan central en la adolescencia de quienes nacieron en los primeros años sesenta del pasado siglo, son reveladoras y hacen que por un momento nos olvidemos del narrador y recordemos que Benítez Ariza también es crítico de cine).

El retrato de la vida adolescente durante esas vacaciones de Navidad (y si la primera parte de la trilogía en marcha —en el blog del autor, *Columna de humo*, se pueden seguir las entradas sobre la tercera parte, aún en ciernes, de la misma, entradas que, por cierto, conforman una especie de novela sobre la novela de sugerente lectura y que tal vez podrían publicarse como anexo a esa tercera novela cuando le llegue la ocasión— hablaba de unas vacaciones a destiempo, de invierno, esta habla de unas, las de Navidad, a tiempo y siempre, cuando esos años, deseadas) que hace Benítez Ariza sabe apresar el día a día de tan mitificada edad, que en todas las épocas se parece pero que

en todas es distinta, porque distinta es la circunstancia con la que toca pechar, y esa circunstancia concreta de la adolescencia aquí contada, que tantas veces en literatura, cine y televisión se ha ido y, ay, aún se irá de las manos, es sabiamente dosificada por el escritor. No es una obra maestra, ni falta que le hace. Ya está uno cansado de las diez obras maestras semanales con que nos despachan los suplementos culturales y que se caen de las manos a las treinta páginas. Pero, ojo, hay que darle su importancia, y reconocer la ambición de escritor (hace falta mucha ambición para tomarle prestado un título al Dante). Esa ambición late, sustenta la novela aunque una lectura ligera no la detecte. Benítez Ariza sabe recrear el clima invernal de las navidades del 78 y, paradójicamente, el frío de la estación acoge, da cobijo al lector que no conoció o solo de oídas la época, quizá porque donde hay vida, y aquí la hay, siempre hay calor, quizá porque este autor se mueva en los climas fríos mejor que en los cálidos o templados. Si alguien quiere imaginarse cómo era la vida de un español de quince años allá por los mediados años setenta del siglo xx en esta *Vida nueva* encontrará más verdad que en tantos libros de historia y, por supuesto, que en casi todas las películas y las series de televisión que se eche al colete. Es lo que tienen las buenas ficciones: engrosan la realidad, la hacen más verdadera.

CÉSAR ROMERO



Antonio Álvarez Gil

*Perdido en Buenos Aires*

Ediciones de la Universidad de Murcia, Murcia, 2010

### Historia de un fracaso

Un tablero posa sobre la mesa repleto de piezas blancas y negras. Dos ejércitos perfectamente alineados permanecen atentos al primer movimiento, a la primera apertura. ¿Abrirá la partida con el gambito de dama el uno, optará por la defensa ortodoxa el otro? Cada ficha suma y todas a una están dispuestas para el combate. Tan solo un objetivo: matar al rey contrario. Pero si además cae la dama nada más empezar puede que no haya un golpe más bajo. Mientras, un niño observa a los dos contrincantes cuya amistad ha quedado en otra parte, al menos por el tiempo que dure el envite, quizás también después. El zagal, que tiene puesta toda la atención en la partida, observa que su

padre hace trampa al mover el negro caballo a una casilla prohibida. El cubano José Raúl Capablanca y Graupera, que con cuatro años advirtió de aquel movimiento fallido, poco podría imaginar entonces que años después, en 1921, llegaría a ser el campeón del mundo de ajedrez, a la edad de treinta y tres años.

Antonio Álvarez Gil (Melena del Sur, La Habana, 1947) ha obtenido con *Perdido en Buenos Aires* el Premio de Novela Mario Vargas Llosa en su edición del 2009.

Después de las novelas *Las largas horas de la noche*, *Naufragios*, *Delirio Nórdico*, *Después de Cuba* y *Concierto para una violinista muerta* —y de otros tantos premios—, *Perdido en Buenos Aires* es, sin duda, la obra más lograda, madura y posiblemente la que más quebraderos de cabeza haya dado al escritor cubano. El esfuerzo ha merecido la pena.

Apodado como el Mozart del Ajedrez, José Raúl Capablanca disputó a finales de 1927 en Buenos Aires el torneo para la defensa de su título de campeón del mundo. El retador, que aterrizó en la ciudad porteña sin haberle conseguido ganar una sola partida, era el jugador francés de origen ruso Alexander Alekhine. Capablanca, sin embargo, llegaba con la tranquilidad y la confianza que le propiciaba saber que en los últimos trece años había disputado 158 partidas y había vencido en 154 de ellas. La novela *Perdido en Buenos Aires* narra, siempre